

Cómo se aprende a gestionar el aula?

26 de julio de 2008.

Enric Roca, Coordinador General de Edu21 Vice-Decano de Ordenación Académica y Transferencia del Conocimiento de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Profesor Titular de Teoría e Historia de la Educación del Departamento de Pedagogía Sistemática y Social de la UAB. Director del Grupo de Observación e Investigación Educativa en Atención a la Diversidad

¿Cómo se aprende a gestionar el aula? La formación inicial de los maestros y profesores debe poner el acento en asegurar que el futuro profesional domine aquellas competencias que le ofrezcan un marco teórico y conceptual amplio desde dónde ubicar el trabajo profesional. Así, se ofrecen conocimientos amplios de base psicológica, pedagógica y sociológica que permitan al futuro profesional reconocer los condicionantes que incidirán en su trabajo. Y, finalmente, se imparten aquellos contenidos propios de la profundización en el dominio de las diversas disciplinas a transmitir así como de su didáctica específica.

Estas competencias son las que marcan en la actualidad la reforma de los planes de estudios de educación para adecuarlos al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES). Otra cosa es reconocer que - todo no cabe- en un currículum o plan de estudios inicial y que parte de estas competencias se habrán de ir adquiriendo dentro la denominada formación permanente. Es en esta dónde también se habrán de incluir aquellas temáticas que por su actualidad o necesidad resultan fundamentales para poder ajustar la respuesta profesional a las nuevas demandas sociales, culturales y científicas. Los maestros y profesores tienen en este aspecto un compromiso profesional ineludible: el de actualizarse a fondo, permanentemente, más cuando su trabajo repercute cada día en las nuevas generaciones del futuro.

Ahora bien, justamente porque nos encontramos más que nunca ante situaciones muy dinámicas y cambiantes el oficio de hacer de maestro o de profesor exige, no sólo una constante actualización de contenidos teóricos, epistemológicos y didácticos sino, sobre todo, de nuevas formas de practicar el oficio, es decir, principalmente en la gestión del aula y en la tutoría. Dejamos esto último para una próxima reflexión y fijémonos en la compleja tarea que significa la gestión -si se quiere: el diseño, la conducción, el liderazgo y la evaluación- del grupo-clase.

La principal preocupación de nuestros maestros y profesores en la actualidad es la de poder mantener una clase dentro de los parámetros de atención, de clima relacional, de interés y de implicación que permitan y favorezcan un aprendizaje que, aunque siempre será individual, tiene lugar durante muchas horas en grupo, ya sea en grupo reducido o en un grupo grande (a menudo excesivamente grande por numeroso o muy diverso).

Desde las universidades, cursos de formación, etc. ¿Se enseña realmente a los maestros y profesores a planificar, dirigir, regular, gestionar y evaluar el aula, es decir, el trabajo de las horas de docencia con un grupo de alumnos? Sin duda se hacen aproximaciones teórico-prácticas pero, ¿de verdad se ensayan modelos que imiten de forma fidedigna la realidad compleja de las relaciones en una clase? El futuro maestro o profesor ¿puede entrenar sus habilidades profesionales en situaciones lo más parecidas posibles a las que después encontrará en sus clases? Una profesión con escenarios tan complejas y variantes como la docencia necesita de una formación práctica que capacite en el entrenamiento de situaciones profesionales conflictivas, diversas, de alta complejidad psicológica, pedagógica y curricular.

Se hace necesario plantearse un modelo de formación inicial y también permanente de los profesionales de la docencia donde puedan ensayar y reflexionar sobre los propios estilos docentes ante situaciones de tensión, de estrés, de cambios constantes, etc. La respuesta eficaz ante estas circunstancias, cada vez más frecuentes, a la enseñanza, no la deberemos dejar a la improvisación o a la simple imitación de modelos vividos personalmente por el propio docente cuando este era alumno. Hace falta sistematizar de manera rigurosa la formación de los nuevos profesionales de la enseñanza bajo el paradigma del dominio de las habilidades sociales, personales, relacionales y grupales que sirva para hacer de cada profesor un líder eficaz de su grupo-clase y así favorecer un aprendizaje realmente relevante, en todos y cada uno de sus alumnos considerados individualmente y en el grupo-clase concebido como micro-comunidad que aprende como un todo, aprovechando sus recursos internos (cada una de las potencialidades de cada alumno).

Esta formación es cualitativamente diferente a la que actualmente se ofrece en la mayoría de formaciones iniciales y permanentes dedicadas a la docencia. Pero nos hace falta empezar a plantear seriamente un nuevo enfoque. Un docente requiere de un entrenamiento profesional similar al de un piloto de aviación (horas de vuelo simulado) o al de un cirujano (horas de quirófano) para poder mostrar eficacia, solvencia y habilidad en su escenario de trabajo. ¿Alguien duda que la gestión de determinadas aulas en la

actualidad es menos compleja que una intervención quirúrgica o el pilotaje de un avión? Para los incrédulos tendría que resultar suficiente visitar algunas de nuestras actuales aulas que requieren de profesionales, no sólo motivados por su trabajo, sino también que traigan una mochila llena de recursos, y de sabiduría acumulada que les permita gestionar la complejidad del aula. La sabiduría puede adquirirse a base de acumular años de trabajo (o no), pero también se puede empezar a alimentar desde una formación enfocada al entrenamiento sistemático de las habilidades necesarias para gestionar los problemas prácticos y cambiantes de las aulas.

Edu21 reflexiona desde hace tiempo en estos aspectos y en un futuro inmediato hará propuestas en este sentido para contribuir, humildemente, a incorporar esta perspectiva de entrenamiento profesional en las necesidades de formación de nuestros enseñantes. Si queremos un sistema educativo de calidad y de excelencia, este no lo podrá pilotar un profesional que llega al trabajo con la sensación de que una parte substancial de su oficio lo habrá de aprender a base de pruebas y de fracasos acumulados. Ni el profesional, ni el sistema educativo ni, sobre todo, los alumnos se pueden permitir este derroche de recursos y posibilidades.